



# EL NIÑO DEL CUMPLEAÑOS

¿Y SI FUERA TODOS LOS DÍAS?



ILUSTRADO POR  
SIM FIELD

# DAVID BADDIEL

harperkids





# **EL NIÑO DEL CUMPLEAÑOS**

**¿Y SI FUERA TODOS LOS DÍAS?**

**DAVID  
BADDIEL**

**Ilustraciones por Jim Field**

**warperkids**

Título original: *Birthday Boy*  
Editado por HarperCollins Ibérica, S. A., 2024  
Avenida de Burgos, 8B planta 18  
28036 Madrid

© del texto: David Baddiel, 2017  
© de las ilustraciones: Jim Field  
© de la traducción: Sonia Fernández-Ordás, 2024  
© publicado por primera vez por HarperCollins Children's Books, editorial  
de HarperCollinsPublishers Ltd. HarperCollins Publishers 1 London Bridge  
Street London SE1 9GF

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titula-  
res, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

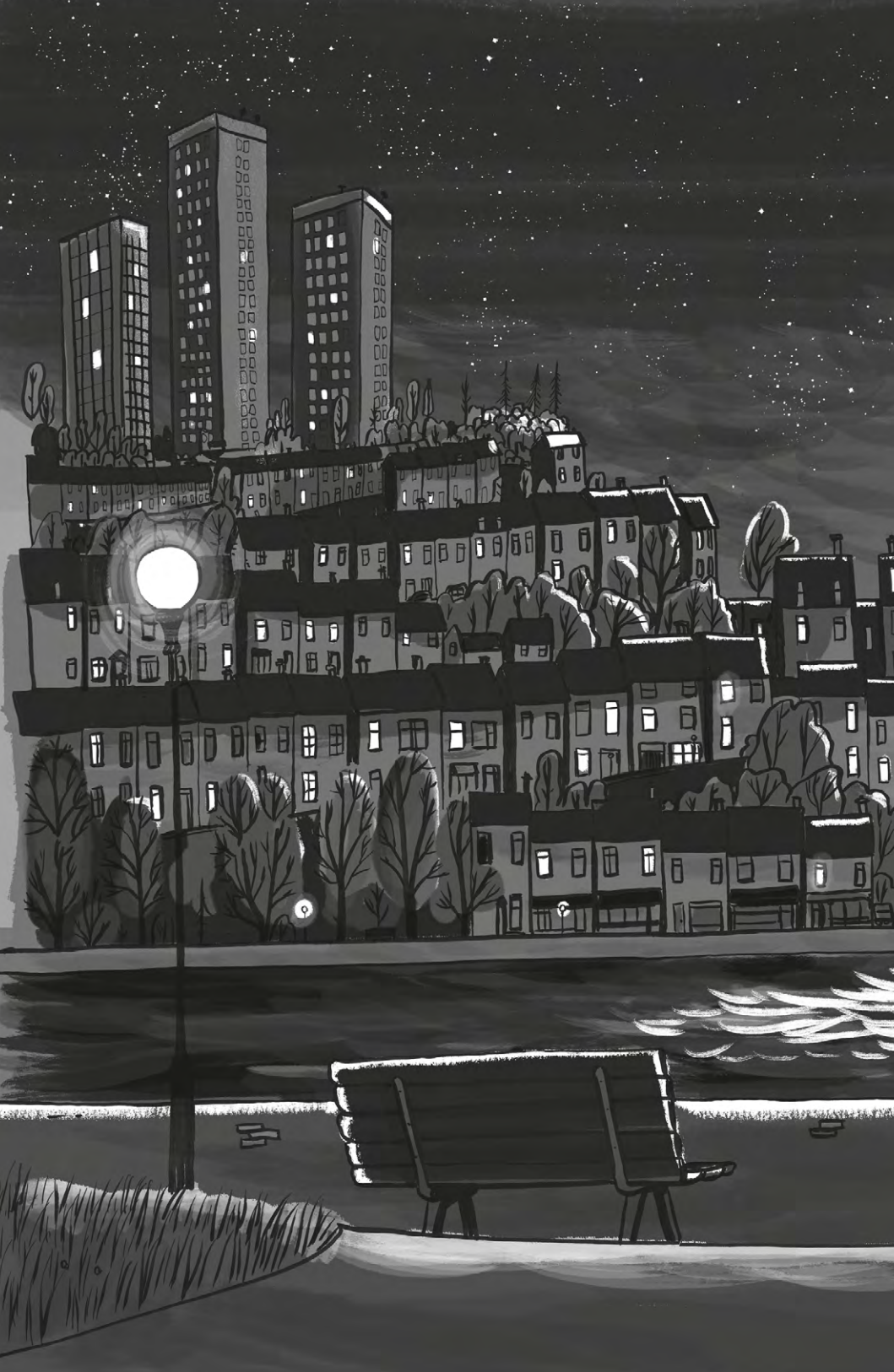
Adaptación de cubierta: equipo HarperCollins Ibérica  
Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.

Composición digital: [www.acatia.es](http://www.acatia.es)

ISBN: 978-84-19802-54-5

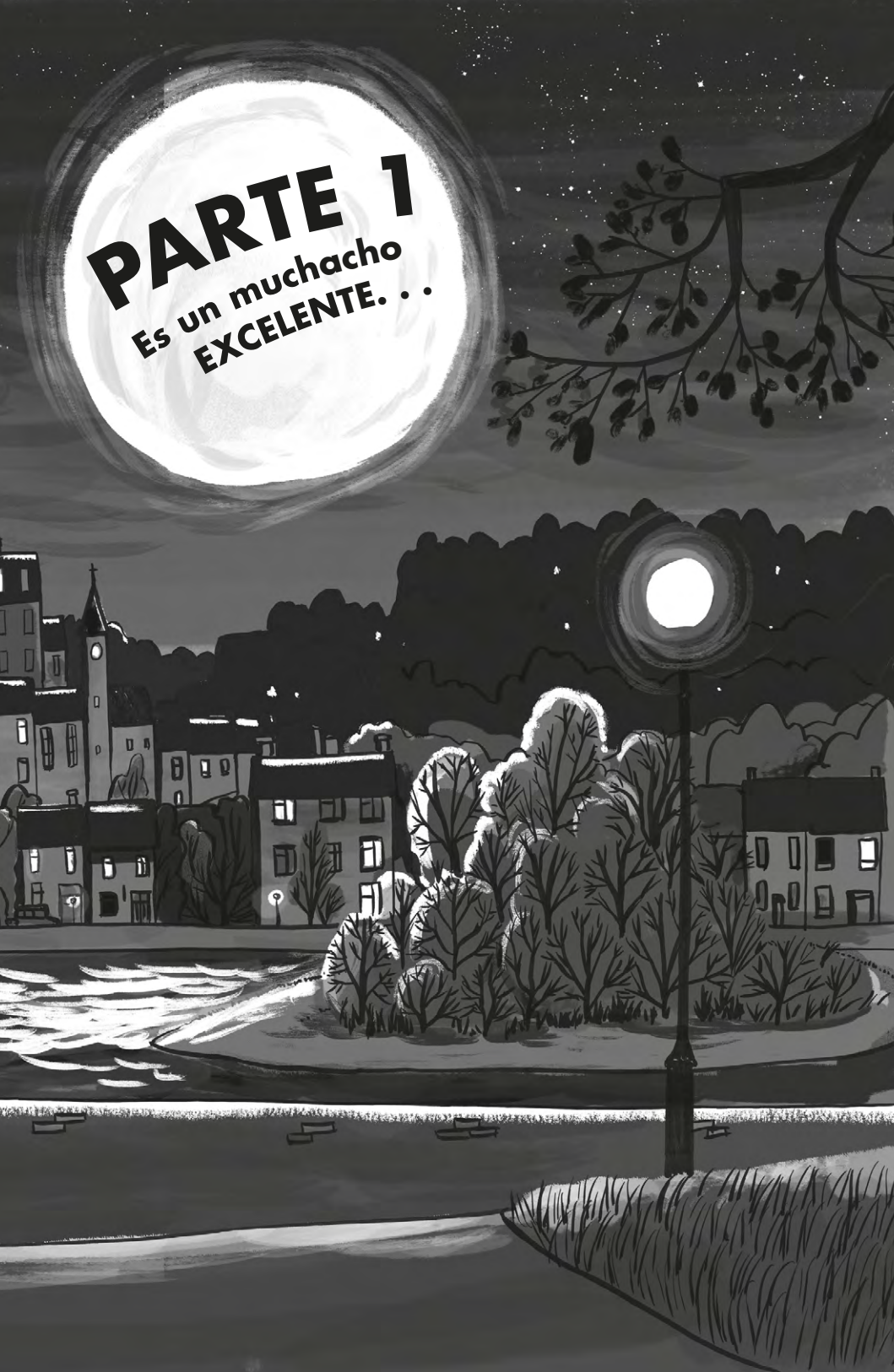
*Para el abuelo Colin*





# PARTE 1

Es un muchacho  
EXCELENTE. . .









muchísimas ganas de que llegara el día de su undécimo cumpleaños.

O sea, muchísimas. Estaba impaciente. Los días previos —su cumpleaños era el 8 de septiembre— no quería hablar de otra cosa.

—¿Has preparado la mochila del colegio, Sam? —le preguntaba su madre, Vicky, cada mañana.

—Estoy pensando en una tarta de *Hora de aventuras* para este año, mamá —respondía Sam—. Con Finn, Jake y el Rey Hielo. ¿Qué te parece?

—Me parece que deberías preparar la mochila —contestaba su madre.

—¿Juegas al fútbol? —le preguntaban sus amigos en la hora del recreo.

—¿Y una fiesta mágica? —respondía él—. Cada uno aprende un truco distinto, ¿vale?, y lo vamos haciendo por turnos (yo el último, claro), y después... ¿Adónde vais?

—A jugar al fútbol —contestaban—. Ya casi se ha acabado el recreo.

—¿Qué os apetece cenar? —preguntaba Charlie, su padre, a Sam y a Ruby, su hermana pequeña, por la noche.

Ruby abría la boca y decía:

—Para ser exactos —decía mucho «para ser exactos»—, me apetece empa...

—A mí me apetece un telescopio. Y un monopatín. Y unas zapatillas nuevas. Y un cobaya. Y una caja de herramientas. Y un iPod. Y libros de David Williams.

—... nada de carne —terminaba Ruby.

—He dicho cenar, Sam —decía su padre—. No por tu cumpleaños.

Obviamente, no siempre decía estas cosas (así que, obviamente, las personas con las que hablaba tampoco contestaban esas cosas). No. A veces era una clase de tarta distinta, un tipo de fiesta distinto y una lista de regalos distinta (aunque siempre incluía un telescopio; Sam era superfán de *Star Treck* y de la ciencia ficción en general, y quería ver todo lo que fuera posible del sistema solar desde la ventana de su cuarto para estar alerta por si se presentaban extraterrestres de visita). Lo que significaba que al final había hecho una lista de regalos muy larga y una selección de ideas para fiestas temáticas muy larga. Lo cual, a su vez, suponía un pequeño problema para

sus padres, tanto en lo relativo a la elección como al dinero, porque no les sobraba.

Pero lo único que nunca cambiaba era la ilusión de Sam por el día de su cumpleaños.

Hasta que, por fin, llegó.

# Capítulo 2

## Hum...

— ¡Oh, mamá, papá...! ¡Ha sido fantástico!  
¡Un día fantástico! —dijo Sam mientras se desvestía en su cuarto.

Eran las diez de la noche del sábado 8 de septiembre. Acababa de marcharse el último de sus amigos, todos ellos compañeros suyos en Bracket Wood, el único colegio de primaria de la zona. Vicky y Charlie sonreían.

—¡Vaya! Así que te ha gustado tu fiesta —dijo Vicky.

—¡Sí! ¡Sobre todo la tarta de ciencia ficción! ¡En forma de nave Enterprise! ¡Con seis caramelos redondos representando los planetas! ¡Y klingons y otros extraterrestres de azúcar en los lados! ¡Una idea genial, mamá!



—Bueno, en realidad fue idea tuya, Sam... Creo que era tu sugerencia número cuatro... La propusiste el lunes pasado.

—Y la fiesta temática de disfraces de películas salió perfecta, ¿verdad, papá? ¡Todos los disfraces eran buenísimos! ¡Barry Bennet iba genial de Gru, el de *Mi villano favorito*! ¡Y Ellie y Fred Stone de minions! ¡Y Malcolm Bailey del perezoso de *Zootrópolis*! ¡Y Morris Fawcett de Homer Simpson!



—Bueno —dijo su padre—, eso también fue idea tuya. Sugerencia para fiesta número siete...

—¡Y tú ibas perfecto! —exclamó Vicky haciendo una mueca mientras ayudaba a Sam a quitarse la cabeza y los pies de Wall-E.

—Claro, por eso gané el Premio al Mejor Disfraz...

—No; para ser exactos, lo ganaste porque era tu fiesta —dijo Ruby entrando en el cuarto. La habían dejado acostarse un poco más tarde porque era el cumpleaños de Sam. Ruby tenía tendencia a mostrarse muy directa ante cualquier tema, como suelen tenerla los niños de siete años. Pero era una niña de siete años muy inteligente—. Así que a todo el mundo le pareció que tenías que ganar tú. De hecho, papá y mamá básicamente sobornaron a todos tus amigos con una porción extra de tarta para que te votaran y...

—Sí, muy bien, Ruby. Hora de lavarse los dientes —dijo Charlie dándole la mano y llevándola (un poco a la fuerza) hacia la puerta.

—Papá, mamá, ¿me regaláis un gatito por mi cumpleaños? —preguntó Ruby al salir del cuarto con sus libros bajo el brazo para hacer deberes, como de costumbre.

Esa era otra cosa que Ruby decía mucho, como «para ser exactos». A veces las combinaba y decía: «Para ser exactos, papá, mamá, ¿me regaláis un gatito por mi cumpleaños?». Aunque nadie le hubiera preguntado qué quería.

—Bueno... —dijo Vicky.

—Hum... —dijo Charlie.

A Ruby no le sorprendió la reacción. Estaba acostumbrada a oír a sus padres decir «hum» como respuesta a la pregunta sobre el gatito. Pero eso no significaba que se diera por vencida.

—A Sam le regalasteis un cobaya —dijo con intención—. ¡Spock!

Que, efectivamente, había sido otra de las cosas de la lista de regalos de Sam que sus padres habían logrado comprar. Miraron al susodicho cobaya, en su jaula sobre el suelo. Era marrón y blanco, con un pequeño penacho en la cabeza. Sam había decidido ponerle Spock, como el personaje calculador y extremadamente frío de *Star Trek*. Spock les devolvió la mirada con cara de «Yo creo que ese nombre no me hace justicia para nada».

—Ruby —dijo Charlie—, ¿sabes en qué se convierte un gatito?

—Sí, para ser exactos, lo sé, papá. Tengo siete años, pero no soy tonta. En un gato adulto.

—Exacto. Y un gato adulto, a diferencia de Spock, necesita espacio al aire libre. Cosa que no tenemos.

—Sí que tenemos —dijo Ruby, que señalaba una ventana—. ¿Qué es todo eso de ahí?

—Ah, ya. Vale. ¿Y el gato va a bajar solo desde la planta diecisiete? ¿En el ascensor que huele a pis?

Ruby suspiró como si fuera una pregunta ridícula. En cierto modo, lo era.

—Lo pensaremos —dijo mamá.

—Hum... —dijo papá.

Ruby hizo un gesto de asentimiento, consciente de que había dejado las cosas claras, y se volvió para salir del cuarto.

—¡Buenas noches, Sam! ¡Espero que hayas tenido un cumpleaños genial!

—¡Así es! —respondió su hermano.

# Capítulo 3

## El Star-Watcher Explorer

Sam levantó la vista hacia su madre. Le estaba abotonando el pijama nuevo, cubierto de pequeños platillos volantes. Sam, por supuesto, ya con once años, era perfectamente capaz de abotonarse el pijama él solo. Pero sabía que era algo que a su madre le seguía gustando hacer.

—¡Y me han encantado todos los regalos! El monopatín y los videojuegos y las zapatillas nuevas y la caja de bricolaje y los libros...

—Todo lo que había en la lista —dijo Vicky—. Bueno, excepto el iPod. Lo siento, Sam. Quizá el año que viene...

—No importa, mamá. Me regalasteis el telescopio. Ese fue el regalo especial. ¡Me encanta!



Se volvieron hacia la ventana. Allí estaba el Star-Watcher Explorer. El padre de Sam ya lo había colocado sobre un trípode y lo había orientado hacia la ventana apuntando a la luna. Era negro, brillante y largo, con un rastreador informatizado que permitiría a Sam localizar constelaciones específicas.

Sam y su familia vivían en un bloque de pisos —el Edificio Noam Chomsky— en la planta diecisiete. ¡Así que era el mejor regalo del mundo! El piso estaba tan alto que Sam disfrutaba de una vista permanente del cielo nocturno y todas las estrellas.

—Con eso deberías poder ver cualquier extraterrestre que ande por ahí, ¿eh, Sam? —dijo Charlie.

—¡No creo! —gritó una voz desde el exterior. Era la de Ruby—. ¡Para ser exactos, el planeta más cercano capaz de albergar vida está a cuatro años luz!

—¿Y eso qué distancia es? —preguntó Sam—. ¿En kilómetros?

Se hizo el silencio. Pero solo durante unos segundos.

—Veintiocho billones quinientos mil millones. Kilómetro arriba, kilómetro abajo.

—Hum..., vale —respondió Charlie—. Pero no sabemos a qué velocidad viajan sus naves espaciales, ¿no?

—Bueno, en cualquier caso —dijo Vicky contemplando el cielo nocturno sobre la ciudad desde la ventana—, yo tengo el presentimiento de que hay vida ahí fuera, en algún lugar.

Charlie sonrió; sabía que su mujer tenía mucha fe en sus presentimientos. Era una de las cosas que le encantaban de ella, aunque él no tuviera tanta fe en los presentimientos de Vicky.

—¿Es como el presentimiento que tuviste ayer —preguntó mientras le rodeaba los hombros con el brazo— de que no debía pasar por debajo de aquella escalera..., y no lo hice, y por eso terminé cayéndome en aquel charco enorme?

Ella lo apartó sin dejar de sonreír.

—No os habrá costado demasiado, ¿verdad? —Sam miró el telescopio.

El padre de Sam era el gerente de HomeFront, un gran almacén de materiales de construcción, y su madre trabajaba desde casa comprando y vendiendo cosas

por internet, así que no eran lo que se dice ricos..., aunque eso también significaba que papá había podido conseguir un descuento especial en la caja de herramientas, un regalo que a Sam le hacía mucha ilusión, pues le encantaba construir y arreglar cosas.

—¡No te preocupes por eso! —exclamó Vicky—. ¡Es tu cumpleaños! —Se volvió hacia el telescopio—. ¿Ya han salido las estrellas? ¡Si ves una estrella fugaz, puedes pedirle un deseo! ¡Deberías pedirle un deseo!

—¿En serio? —preguntó Sam—. ¿De verdad..., ya sabes..., funciona?

—¡Sí! —respondió Vicky con absoluta convicción.

Charlie la miró y levantó una ceja con gesto dubitativo.

—Bueno. Eso no lo sabe nadie a ciencia cierta. ¿O sí? —preguntó su mujer en tono desafiante.

—Hum... —murmuró Charlie al tiempo que se inclinaba a examinar la lente del telescopio—. Lo que sí sé es que esta noche el cielo está demasiado nublado para ver estrellas.

—No importa —dijo Sam—. ¡Ya las veremos mañana!

Subió la pequeña escalerilla para meterse en la cama. Era una litera y, a veces, Sam demostraba su

habilidad para mantener el equilibrio sobre aquella escalera subiendo sin apoyar las manos, aunque aquella noche estaba demasiado cansado para esas cosas.

—¡Ah! Y también me gustó que los cuatro abuelos vinieran a comer —dijo—. ¡Ni siquiera discutieron!

—Ya —dijo Vicky, que también estaba sorprendida—. Se portaron de maravilla.

—Sí... —Sam apoyó la cabeza en la almohada—. El abuelo Sam no le soltó ni una palabrota al abuelo Mike. Y el abuelo Mike no le dio un puñetazo ni lo amenazó con mandar a sus chicos a por él ni nada por el estilo. Y la abuela Glenda y la abuela Poppy hasta se sonrieron.

—Creo que quizá pudo tratarse de un mohín desafiante... —dijo su padre.

—Cállate, Charlie. Bueno, el caso es que... ahora tienes que dormir, Sammy —le recordó su madre—. Me imagino que estarás agotado...

—¡Sobre todo después de haberte levantado a las seis en punto esta mañana! —dijo su padre.

—¿Eran las seis? —preguntó Sam.

—Bueno, eran las seis y un minuto cuando llamaste a la puerta de nuestro cuarto pidiendo tus regalos. De eso estoy seguro...

—¡Pero es el momento que más me gusta! —exclamó Sam.

—¿De qué?

—¡De mi cumpleaños! ¡Me encanta la ilusión que hace despertar el día del cumpleaños! ¡Y darte cuenta de que es tu cumpleaños! ¡Que ese día que llevabas esperando tanto tiempo por fin ha llegado!

—Sí —afirmó Vicky—. Hace mucha ilusión.

—No te hará tanta ilusión cuando cumplas cuarenta y tres —dijo Charlie, y Vicky se rio de su broma de esa manera que tienen los adultos de reírse de los chistes de adultos.

—¿No? —quiso saber Sam.

—¿Qué? —preguntó Charlie.

—La ilusión. ¿Ya no os hacen ilusión vuestros cumpleaños?

Sus padres intercambiaron una mirada.

—Bueno... —respondió Vicky mirando a su hijo con ternura mientras lo tapaba con el edredón—. Siempre es



agradable, sí. Pero quizá no tanto como cuando tenías diez años... ni por supuesto cuando cumples once.

Sam asintió, pero a continuación sacudió la cabeza.

—¡Me gustaría que todos los días fueran mi cumpleaños! —exclamó.

Sus padres sonrieron, luego los dos se tumbaron en la cama junto a él —subieron la escalera y todo— y lo abrazaron formando lo que en su familia se conocía como abrazo amontonado.



—¡Esperadme! —gritó Ruby mientras entraba corriendo en el cuarto.

Trepó por la escalera y se unió al abrazo amontonado. Tenía en la mano un grueso libro de ciencias que lo hizo un poco incómodo.

Después, Vicky dijo:

—Me alegro de que todo haya salido tan bien. Ruby, vuelve a tu cuarto. Sam, ya es hora de dormir...

Y Sam le sonrió y cerró los ojos.

# Capítulo 4

11:59 p. m.

**N**ormalmente, Sam no tenía problemas para quedarse dormido. Normalmente, se quedaba frito en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada. Y sus padres tenían razón: lo lógico era que tuviera más sueño que de costumbre, con lo mucho que había madrugado aquella mañana.

Pero su cumpleaños había sido tan estupendo y Sam estaba aún tan excitado que no era capaz de quedarse dormido. Se revolvía y daba vueltas en la cama pensando en lo mucho que le habría gustado quedarse levantado jugando con todos los regalos.

«Además», pensó al ver la hora en el reloj que tenía

junto a la cama, «todavía es mi cumpleaños. ¡Todavía queda una hora y treinta y seis minutos! ¿Qué hago pensando en dormir?».

«No», pensó también. «¡Debería estar levantado, haciendo las cosas que uno suele hacer el día de su cumpleaños!».

Así que se levantó. Y se probó las zapatillas. Y trotó un ratito sin moverse del sitio. Después se subió al monopatín, que era genial; sus padres no habían reparado en gastos. Era justo el que quería: flexible, con las ruedas rojas metalizadas muy molonas y los ejes perfectos y todo lo demás.

Obviamente, habría sido más divertido salir con él a la calle, pero incluso en su pequeño cuarto Sam logró hacer 360 y *frontside flips*. Después sacó al cobaya Spock de la jaula e hizo algunos 360 *flips* más, aunque esta vez con el cobaya en equilibrio sobre la cabeza. Al cobaya no parecía hacerle demasiada gracia. De hecho, miró a su nuevo amo con cara de «Si esto va a ser siempre así, me escapo a Perú. Que es de donde procedemos los cobayas. Por si no lo sabías. Que me da la impresión de que no».

(Spock tenía una cara muy expresiva para ser un co-baya. Lo cual lo hacía bastante distinto del Spock original, todo hay que decirlo).

Después (Sam, no Spock), se comió parte de las nubes que quedaban del trozo de tarta que su madre le había llevado en un plato. Luego leyó los primeros capítulos de *La dentista demonio*, que era muy divertido.

Tras treinta páginas, Sam miró el reloj, que ahora marcaba las 11:55 p. m. Para su sorpresa, no estaba demasiado cansado. Lo que sí estaba era un poco triste. Principalmente, estaba triste porque su cumpleaños estaba a punto de acabar de forma oficial.



Se incorporó y le dijo a Spock, que se hallaba tumbado sobre su pecho —bueno, en realidad ahora se encontraba en su regazo porque lo había hecho resbalar al incorporarse—:

—¡Oh, Spock! Ojalá todos los días fueran mi cumpleaños.

Spock levantó la vista con cara de «Y ojalá yo viviera en una jaula hecha de perezil, pero no se puede tener todo en esta vida».

Pero, justo en aquel instante, una luz iluminó el cuarto. Sam levantó la vista y se dio cuenta de que el origen de la luz estaba al otro lado de las cortinas. La luz de la luna.

«¡Ajá!», pensó. «Si puedo ver la luz de la luna, es que las nubes se han ido. Y, si las nubes se han ido, ¡puedo usar mi telescopio!».

Así que Sam se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Descorrió las cortinas y miró.

Estaba en lo cierto. Ya no era una noche encapotada. El Edificio Noam Chomsky se alzaba sobre una elevación y a los pies la carretera recorría unos cuantos kilómetros hasta llegar al río que serpenteaba a través de la

ciudad. A veces, cuando —como en ese momento— el cielo estaba despejado y había luna, Sam podía ver todo el trecho hasta el río (incluso sin telescopio); incluso podía ver el reflejo de la luz de la luna sobre el agua iluminando una pequeña isla poblada de árboles que había entre las dos orillas.

Pero Sam no tenía interés alguno en contemplar el agua. Quería observar el cielo. Quería observar el cielo con su telescopio y ver las estrellas y la luna. Que de pronto habían salido en tropel.

Acercó el ojo al ocular del extremo inferior del telescopio. Era difícil ver algo; de hecho, lo único que distinguió fue lo que parecían tres o cuatro enormes patas de araña, que al principio, con un tremendo entusiasmo, tomó por extraterrestres, hasta que cayó en la cuenta de que no eran más que sus pestañas. Poco a poco, sin embargo, su visión se fue adaptando..., ¡y pudo ver la luna!

Toda blanca, resplandeciente y llena de marcas, como la cara del abuelo de Sam (pero solo en lo de las marcas, porque la cara del abuelo de Sam era más bien curtida y oscura, y, a pesar de su expresión afable, rara vez resplandecía).